

# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** *Revista de Modas*, por D.<sup>a</sup> Aurora Perez Miron.—*Recuerdos de viaje*, por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—*A tu oído* (poesía), por D. A. F. Grilo.—*La primer arruga y el primer diente* (continuacion), por D.<sup>a</sup> Camila Avilés.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Labores*, por D.<sup>a</sup> Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurín* 840 bis.—*Grabado de Labores*, núm. 58.

## REVISTA DE MODAS.



A gran cuestion que preocupa á nuestras mas hábiles modistas, consiste en adoptar la Moda actual á todas las figuras. El gusto imperio, que se sostiene tenazmente, gusto que, rindiendo culto á las mas estrechas exigencias de la práctica, prescinde de todos los pliegues, de todo el ropaje que puede disimular las imperfecciones de la naturaleza, es un verdadero escollo para quien se ve en la necesidad de ajustarle á personas de figuras defectuosas, sin que ellas mismas queden descontentas. Los trajes de actualidad, el atrevido corte que hoy domina, se inventó para cuerpos irreprochables. Sin embargo, creéis que la ingeniosa modista, que vive halagando la vanidad de la mujer, no ha pensado en salvar este obstáculo? Error: Contentando á todas, se toma algunas pequeñas licencias sin prescindir del carácter de actualidad, que salva su crédito en ocasiones difíciles. Uno de sus principales recursos es el peplum, ya se admita como sobre-falda, ya descendiendo como aldeta del cuerpo. De este modo, la falda de indispensable nesga, permite algun ropaje en torno de la cintura, que puede distribirse en cuatro grandes tablas, una delante, otra detrás y otra á cada lado. ¿Bajando sobre estas la aldeta de grandes picos, ó la sobrefalda peplum, quien adivinará que se ha jugado esa mala partida á la Moda, abultando algun tanto la cadera de quien la tiene escasa, ó desiguales una de otra? La ventaja de hacer el cuerpo separado y unido por medio de cinturón á la falda, quita tambien algo de la severa correccion del verdadero vestido imperio (sotana), sin dejar por eso de pertenecer á la Moda actual.

En realidad, los vestidos de la estacion, los principales encargos de estos dias, se reducen á trajes de baile. Multitud de salones se disputan el honor de ofrecer recreo á

nuestras principales damas que rivalizan en lujo y distincion. Ya hemos dejado consignado en otras revistas que el corte de los trajes de baile y sociedad es tan nesgado como los de calle, llevando por complemento inmensa cola. El encaje blanco ó negro sobre raso color capuchina, boton de oro, ó verde luz, representa un papel importante, bien adornando las costuras, bien cubriendo la delantera ó estendiéndose en artísticas combinaciones en el bajo de la falda. ¿Necesitaremos decir que un *peplum* de encaje blanco ó negro, sobre cualquiera de estos trajes, seria el colmo de la elegancia? Algunos se han visto con picos chinos en el bajo, escote cuadrado y gran lazo en el hombro, que han fijado la atencion general, poniendo muy alto el gusto de quien le llevaba.

En trajes de baile se han inventado combinaciones á cual mas caprichosas, mereciendo citarse entre todas, un vestido de gasa gris-perla con tres volantes en el bajo y biés de raso de igual color sobre cada uno: el cuerpo, escotado á la griega, llevaba berta y hombrera de madroños de plata, completando el traje sobrefalda de tul moteado de plata, terminada en ondas, con un grupo de rosas en cada una. El aspecto de este traje es ideal, vago, lleno de encantadora majestad.

Entre el inmenso número de creaciones que exigen las fiestas de invierno, se han hecho pruebas que no nos atrevemos á asegurar hayan tenido completo éxito. En trajes de tul, se han confeccionado algunos sin nesgar la falda, que fuerza es confesarlo, han desmerecido al lado de los otros. Háblase tambien de otra prueba... Casi casi voy á alarmar á mis lectoras con noticia tan trascendental! ¿Me atreveré á lanzarla al público? Mi pluma vacila, mi voluntad se resiste... Pero el imperioso deber de revistera lo exige, y no hay mas que doblar la cabeza.



La prueba de que se trata es de estender el uso del traje corto al baile y á la *soirée*! ¿Verdad, lectoras mías, que todas pronunciaréis en contra de innovacion semejante y en defensa de la cola de vuestro traje? ¡Oh, sí! Ya en las calles de la coronada villa, á la radiante luz del sol, lucís vuestro lindo piececito..... ¡No os priveis, pues, del majestuoso traje talar para el teatro y el salon! Hemos visto, no obstante, un modelo en el nuevo género que no carecia de distincion, ostentando tres faldas ondeadas de tul, de escaso vuelo, y sostenidas sobre otra que terminaba en un volante de tul tambien, á la que faltaban cuatro dedos en redondo para llegar al suelo: las faldas de ondas iban ribeteadas de tafetan del color del *peplum*, que con cuerpo de escote cuadrado terminaba en grandes puntas sobre las faldas de tul: grupos de rosas en la orilla del *peplum*, en los hombros y en la cabeza, y zapato bajo con moña, completan este traje, destinado á sufrir un desaire ó provocar una verdadera revolucion en el campo de la Moda.

Los trajes de calle en los dias hermosos que hemos disfrutado, han recobrado su perdido imperio, y entre todos el dia que se inauguró la Exposicion de Bellas Artes admiramos en las señoras convidadas atavíos de majestuosa distincion. El raso y el terciopelo formaban en primer término, y los colores capuchina, azul Napoleon y gris-perla en la primera de ambas telas, eran los preferidos por las damas de nuestra aristocracia, que se cruzaban y confundian en aquel nuevo templo de las artes. Algunos vestidos de terciopelo negro se destacaban tambien con severa majestad, siendo las hechuras de todos ellos las comunicadas por nosotros á las bellas lectoras de EL CORREO.

Los abrigos que en tal dia se ostentaron, así como los de infinitos modelos que tenemos á la vista, son los de paletot recto ó marcando el talle, con preferencia este último

para traje de vestir. Hácense muchos iguales al traje, y de cachemir negro de forma recta y ondas ó picos por abajo: los de terciopelo de forma *peplum* compiten con los de costuras tronzadas, que como queda dicho, son los predilectos para vestir, y entre todos estos cortes, figura como último modelo el paletot llamado ruso, de paño ó terciopelo forrado de piel con puntas vueltas por detrás y en los costados, y con un estrecho guarnecido de piel en todas las costuras.

Para recibir en casa, hácense tambien unas chaquetas llamadas Moscovitas, de forma holgada, y guarnecidas de piel, tan distinguidas como confortables. Otras de mas pretensiones para teatro y reunion se confeccionan en raso y terciopelo de colores vivos, y tan vistosos adornos, que si los vestidos van haciéndose mas sóbrios de adornos, estas prendas en cambio van adornadas por los dos. Una hemos visto de raso grana, con bullones blancos y guipures negros, que hubiera provocado la risa en cualquiera época de modas mas severas, y en la presente ha fijado la atencion general, obteniendo marcados elogios. Tal es el imperio de la Moda, que como el del amor, somete á las personas mas juiciosas á todas sus estravagancias.

Para con estas chaquetas cerradas, así como para los trajes altos, son indispensables los juegos de cuello y puño de encaje de Cluny y forma Luis XIII, esto es, de picos prolongados por delante, que son los que siguen obteniendo general favor. Con estos juegos de encaje alternan los de embutidos de encaje sobre bordados en batista, de los que resultan artisticas combinaciones. Estos son los indispensables para vestir, así como los juegos de Holanda lisa ó estampada, son el indispensable complemento del traje de casa, de campo ó de mañana.

AURORA PEREZ MIRON.

## INSTRUCCION.

### RECUERDOS DE VIAJE.

Hay una ciudad en el mundo, cuyos habitantes tienen el bello privilegio de contemplar el sol á media noche, y este singular fenómeno atrae á su recinto infinitos viajeros, que desean asistir á un espectáculo tan nuevo y peregrino.

Esta ciudad se llama Tornea baja, pertenece á la Suecia, y está situada cerca del golfo de Botnia, que la sirve de embarcadero, en una península rodeada casi toda por el majestuoso rio que le da su nombre.

Aunque su fundacion data apenas de dos siglos, aunque los rusos la redujeron á cenizas en 1718, merced al comercio y á la industria, es hoy una ciudad regular, si bien algo pequeña, á la que sirven de alfombra fértiles campiñas.

Sus casas constan únicamente de un piso; pero son bas-

tante elevadas, y los comerciantes que habitan al Mediodía de la poblacion, no han perdonado gasto ni trabajo alguno para embellecerla, haciendo hermosos paseos, sembrados de árboles corpulentos, y amenos jardines, llenos de invernáculos, en los cuales guardan las plantas exóticas y las flores mas bellas y delicadas.

Las aguas del rio, que se reunen en frente de Tornea, remedando un anchuroso y trasparente lago, reproducen en sus móviles ondas un doble paisaje, formado el uno por los edificios de la ciudad, y el otro por las aldeas y cabañas cercadas de verjeles, que se ostentan en la opuesta orilla.

Al Norte de la poblacion se vé una pequeña altura, coronada de molinos de viento, y al pié de ella se estienden vastos campos, cultivados con sumo esmero, y espesos bosques de pinos y abetos, poblados de rengíferos, armiños, zorros y lobos.



Por los caminos anchos y rectos que circuyen la ciudad, se deslizan incesantemente multitud de trineos conducidos por los comerciantes que van á las ferias inmediatas con objeto de vender sus productos, consistentes la mayor parte en pájaros helados, de los que gustan sobre manera en Estocolmo y Strongines, sabroso pescado parecido al arenque, que se sala y se conserva durante mucho tiempo.

De este modo la variada belleza de la perspectiva se auna con el movimiento, para comunicar á Tornea un aspecto risueño y agradable.

Pero cuando llega el mes de Junio, mes en el que debe verificarse el prodigio, crece en extremo la animación, y sus calles se inundan de viajeros, que acuden de todos los puntos del globo, ostentando diversos trajes, hablando distintas lenguas, pero arrastrados por un mismo estímulo: la curiosidad.

Al acercarse el solemne instante, los mas plebeyos toman por asalto los molinos de viento, antes mencionados, y los mas ilustres se dirigen á la iglesia de Jukaserri, situada en la próxima isla de Bjorkon.

En esta iglesia se halla de manifiesto un precioso libro, que guarda en sus páginas los nombres de infinitos personajes célebres, juntamente con alguna sentencia ó composición poética alusiva al objeto que los ha conducido á aquellos remotos climas.

Llega por fin el deseado momento, y es imposible describir con palabras el maravilloso cuadro que se ofrece á su vista.

El sol, clavado, digámoslo así, sobre el horizonte, durante las veinte y cuatro horas en que descansa al parecer la tierra de su continua rotación, se asemeja á un disco iluminado artificialmente para bañar con su dorada luz los opacos edificios de Tornea, las pintorescas montañas de Bakamo y Corpeknita, y el lejano golfo de turbias y revueltas ondas. Todos estos objetos reflejándose sobre el terso cristal del lago, se pintan en él con un claro oscuro agradable, que no tiene semejante en la naturaleza, mientras la noche, ya que no puede amontonar unas sobre otras las negras sombras, impone silencio á los ecos, y hace que reine por todas partes una calma imponente y majestuosa.

¡Sublime recogimiento, que forma el mas bello de los contrastes con aquella luz fantástica, y que eleva el corazón del hombre hacia el Supremo autor de lo infinito.

Pero el origen tradicional de Tornea, según lo cuentan sus habitantes, no es menos singular que el espectáculo que se ofrece anualmente á las curiosas miradas de los sábios. Héle aquí:

En las sombrías playas de la Dinamarca habitaba, Dios sabe en qué época, un joven pescador que se llamaba Raghild. Raghil no había conocido á sus padres, no tenía mas familia que una hermanita de cortos años, á quien había recogido abandonada, y que era hermosa y melancólica como las hadas que vagan entre las brumas de los mares.

Para ella Raghild iba muy lejos á sorprender los dorados peces que se balanceaban sobre las aguas; para adornarla se entretenía en cojer conchas de mil colores cuando la marea se retiraba de la playa, replegándose lentamente ola sobre ola.

La niña, que se llamaba Arnia, adoraba en cambio á su

hermano, como se adora á un génio benéfico y poderoso.

Tenia celos del aura y del sol, hasta tenía celos de la endeble barquichuela que le alejaba de sus brazos.

¡Ay, desdichada! Un día entró Raghil en la humilde choza acompañado de una mujer que murmuraba en su oído dulces palabras, que le dirigía tiernas sonrisas.

Nunca había visto Arnia á una mujer mas bella; tenía mejillas de rosa, blondos cabellos y ojos azules, que despedían suaves y misteriosos resplandores.

¿Habeis oído hablar alguna vez de los Huldefolz, los Maras y las Nikares, mónstruos ó hadas que habitan en las brumosas playas de Dinamarca?

Las últimas son unos espíritus errantes que vagan por las riberas solitarias en las noches tempestuosas, envueltas en una piel de foca. Si un jovencillo se acerca por casualidad á alguna de ellas, la Nikar levanta su matizada piel, y muestra á sus ojos un semblante tan hermoso como es imposible que exista otro igual sobre la tierra. Entonces si el jóvenes bastante astuto para arrancarla su piel, y esconderla sin que jamás pueda volver á encontrarla, la Nikar se vé obligada á seguirle como una simple mortal á su cabaña; mas ¡ay de su cabaña! ay de su hogar! ay de sus hijos! si encuentra alguna vez su talisman, porque todo lo abandona, ansiosa de ir á solazarse de nuevo con las olas encrespadas. Pero si el esposo guarda la mágica piel, que no puede ser destruida ni quemada sin que muera el osado que lo intente, entonces su ventura es infinita, porque la belleza de la Nikar no se altera nunca, y permanece siempre sumisa á las leyes del que la ha vencido.

¡La mujer que acompañaba á Raghild, era una Nikar!

Arnia tuvo celos de ella: ¡oh, sí, celos horribles, espantosos celos; pero devoró sus lágrimas en silencio, y la amó, porque contribuía á la dicha de su bienhechor querido.

Raghild reunió á todos sus amigos para celebrar con una fiesta su inmenso regocijo. Durante muchos dias los ecos repitieron de distancia en distancia el ruido de las risas y los cantos, los pasos cadenciosos de los bailes, y el chocar argentino de las copas.

¡Pero pasaron aquellos primeros dias de júbilo y embriaguez, como pasan rápidamente todas las alegrías de la tierra.

Una noche en que Raghild había salido para la pesca, el hada dijo á la niña con su voz dulce y seductora:

—Muéstrame el lugar en donde tu protector ha ocultado mi hermosa piel de foca! No puede haberla destruido, porque hubiera muerto en el mismo instante de cometer tal crimen!

Arnia era cándida y sencilla, la condujo á una cercana caverna, y la enseñó la piel; pero la pérfida hada, arrebatándola de sus manos, se envolvió en ella y desapareció en los aires.

¡Ay, qué fué entonces de la incauta niña, del triste pescador enamorado!

¡Entonces las lágrimas, los suspiros, los dolorosos lamentos, fueron los únicos sonidos que recogieron los parteros ecos!

¡Y los recogieron durante muchos, muchos dias, lúgubres é interminables!

Raghild se volvió sombrío y taciturno. En vez de izar



la vela blanca de su barquichuela en los días apacibles para ir á la pesca, permanecía inmóvil junto al hogar, sentado sobre una informe silla, formada con huesos de foca; pero si las olas se encrespaban corría á la playa, y vagaba por ella invocando al bien perdido de su alma.

Arnía le seguía en silencio, y encendía una hoguera entre los matorrales. ¡Qué intentaba hacer la pobre niña!

Una noche el mar arrojó á la playa un torbellino de brillantes oleadas, y cuando las oleadas se retiraron, quedó inmóvil sobre las rocas una mujer de bellísima apostura.

—¡Soy yo! dijo á Raghild la caprichosa Nikar; soy yo que vengo á saludarte!

Pero mientras el pescador fuera de sí se precipitaba á sus piés, Arnía le arrebató la piel y la arrojó á la hoguera, que tenía dispuesta como siempre.

Brilló la llama, creció, volvió á descender, y acabó por extinguirse, dejando en su lugar un montón de cenizas....

Pero á medida que la hoguera se extinguía, también se iba extinguiendo la existencia de la pobre niña!

Y á medida que la hoguera se extinguía, crecían los mujidos del mar, aumentábanse los estampidos de los truenos; y de las negras nubes, y de las negras olas, brotaron infinitos monstruos y hadas, que acudían á vengar á su ofendida compañera.

—¡Muero por darte vida! murmuró la heroica niña. ¡Te amaba y me he inmolado á tu amor! ¡Huye, y sé feliz!

Apenas pronunció estas palabras, brilló una luz clarísima al extremo del horizonte: los géneos del bien, evocados por el amor y el sacrificio, aparecieron en aquel círculo de luz, y trabaron un rudo combate con los espíritus nebulosos que se acercaban rugiendo y amenazando...

Raghild no tenía tiempo que perder: cogió en sus brazos

el cuerpo inanimado de Arnía, arrastró consigo al hada, y huyó...

Atravesó valles, atravesó montes, atravesó los piélagos helados...

¿Cuántos días duró su insensata carrera? Nadie lo supo. Pero una mañana en que brillaba el sol, en que dormitaban las olas, en que sonreía la naturaleza con apacible calma, se detuvo á descansar en la península en donde Tornea tiene su asiento.

Allí confió á la benévola tierra los restos de Arnía, y los cubrió de flores. Luego cortó algunos pinos y construyó una cabaña. Derribó otros, y formó un pequeño campo, que cultivó con sus manos.

La Nikar le dió muchos hijos, tan hermosos como ella, y para cada uno construyó una cabaña, formó para cada uno un campo.

Sus hijos se hicieron pescadores, y trajeron en sus barcas algunas hadas envidiosas de la dicha de su terrestre compañera.

El caserío se trocó en villorrio, el villorrio se convirtió en ciudad.

Gracias al heroico sacrificio de Arnía, los viajeros pueden contemplar el sol, que no tiene ocaso, en una población bellísima, cuyas altas torres se esconden en las nubes, cuyos muros están cercados de verjeles; que tiene trineos para atravesar el desierto, naves para cruzar el piélago salado, y llevar de clima en clima la fama de su gloria...

¡Tan cierto es que la abnegación, como una semilla preciosa, florece con el tiempo y trasmite sus frutos á los siglos mas remotos!

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### Á TU OIDO.

Se ha dicho tanto de tus lábios rojos  
En lenguaje florido,  
Y tanto han dicho de tus negros ojos,  
Que hoy, niña, he decidido  
Decirte algunas cosas al oído.

Te miro frente á frente,  
Y tu boca, que en néctares rebosa,  
Perlas descubre como flor naciente;  
Te miro de perfil, y es tan hermosa  
Tu oreja breve de color de rosa!

Cubierta por tus rizos seductores  
La miro siempre con tranquila calma  
Como reja de amores;  
Como una puerta que conduce al alma  
De mis dulces suspiros los rumores.

Mi promesa he cumplido,  
Y valga, niña, en fin, por lo que valga,  
Solo, niña, te pido,  
Que no te entre mi amor por un oído  
Y por otro te salga.

A. F. GRILO.

### LA PRIMEA ARRUGA Y EL PRIMER DIENTE.

(CONTINUACION.)

II.

Conocemos á varios poetas que á menudo comparan á las bellas con las flores. Hoy día, respecto á muchas, la comparación es mas exacta de lo que nosotros quisiéramos. En el gran mundo, en el mundo elegante, á sabe, en el mundo de los ricos y los que se afanan por parecerlo, dase á la mujer una educación, digámoslo así, de *inverna-*



dero. Cultívase á las niñas, poco mas ó menos, de igual modo que á las camelias, y así como el buen jardinero se afana porque sus flores adquieran un follaje lustroso y bien cortado, unas tintas suaves ó espléndidas, un brillo superior al del mas primoroso esmalte, así las mamás del gran mundo atienden á que sus hijas luzcan vistosísimos y bien cortados trajes, unos modales distinguidos, una gracia seductora, una belleza mas ó menos artificial, y hasta una coqueteria, que sin duda les parece de *muy buen tono*. Con dolorosa indignacion se observa que no todas atienden igualmente á darlas una educacion religiosa, conveniente y útil para ellas mismas, y para la sociedad entera. ¿Se cultiva su entendimiento? ¿Se trata siquiera de formar para el bien su impresionable y tierno corazon? ¡Ay! ¡no! Se trata solo de que las niñas crezcan, luzcan y se casen, de que las plantas florezcan aunque se marchiten luego.

Pero, señoras, notadlo bien. Vuestras hijas no son como las flores, que solo viven el tiempo que dura su hermosa lozanía. Una cosa es la vida de una flor y otra la vida humana, cuyo término es la felicidad ó la desgracia eterna. La mujer piensa, obra, siente, y vive mucho despues que ha perdido su frescura juvenil, y entonces, si no ha sido religiosa, moral y útilmente educada, ¿qué le resta? Una vejez repugnante, ociosa, y, sobre todo, triste, muy triste!!

La educacion superficial y mundana que reciben las jóvenes en el mundo de la mentira, de la lisonja, del lujo y del materialismo, las hace vanas, fútiles, coquetas y envidiosas; embota su clara inteligencia, y lo que aun es peor, cierra sus corazones á la piedad, á la ternura, al sentimiento; los deja como muertos, y es la educacion, es el ejemplo, es el mundo quien los ha matado... Con todo; hay algunos que solo están adormecidos, y Dios, en su infinita misericordia, compadecido de tal miseria, les envia un niño para que los despierte, ó una desgracia para que los ablande.

Gabriela, educada superficialmente, solo pensó desde muy niña en lucir, agradar y divertirse. Sus nobles ideas no se desarrollaron, sus afectos se embotaron; pero la ternura dormia en lo mas profundo de aquel seno, al parecer insensible y egoísta.

Alfredo, enamorado de su belleza, ufano de poseerla, y deseoso de lucirla, llevóla de un punto á otro, y en todas partes la blanca mano de Gabriela regía el fútil cetro de la moda y del *buen tono*. Las mujeres mas elegantes copiaban sus adornos y peinados. Los hombres mas notables repetian sus chistes, y la ensalzaban hasta las nubes. Los jóvenes mas galanes se disputaban la dicha de obtener su preferencia en el baile.

Para colmo de dichas el tiempo respetaba la hermosura de Gabriela. Blanca, como el lirio de los valles, sonrosada como la flor de los almendros, su tez parecia de raso, su talle de Sílfiide, su pié de ninfa, y su rostro de ángel. Esto á los treinta y dos años es cosa de admirar, y sobre todo en las mujeres que viven, digámoslo así, contrariando las leyes de la naturaleza y haciendo del dia noche y de la noche dia.

Acababa de cumplir los treinta y dos, cuando á principios del invierno comenzóse á notar en Gabriela una mudanza. Empañóse algun tanto la blancura de su cutis (en la cual nunca tuvo parte alguna la de los polvos de arroz).

Languidecieron sus pupilas, ensanchóse notablemente su cintura, y por último, no cupo duda, Gabriela se hallaba en víspera de ser madre, y su marido espuesto á volverse loco de alegría.

La de Mad. Fevallois no fué tanta; ser madre á los treinta y dos años, es cosa un poco seria, y mas cuando se han perdido en el curso de diez y ocho años sobre unas mil doscientas noches en el sarao, como le habia pasado á Gabriela.

En los primeros meses no quiso renunciar á sus fiestas y diversiones; en los últimos sintióse tan mal, que fué preciso sacarla de París y llevarla á tomar los aires del campo, en su castillo de la Turena. En él nació la preciosa niña que fué bautizada con el nombre de su madre, á quien toda se parecia, y á la que su nacimiento estuvo á pique de costar la vida.

La convalecencia de la madre fué larga y penosa, el menor ruido la mareaba; de modo que se hizo necesario alejar á la recién nacida del cuarto de su mamá, y llevar al otro extremo de la casa su lindísima cuna de bronce dorado, coquetamente velada entre vaporosas nubes de muselina, cuyos pliegues sujetaban unos lazos azules y arrasados como el cielo. Una jóven y robusta lorenense tomó á su cargo el amamantar á la inocente desterrada.

Su madre pasó la primavera y el verano aburridísima, sin saber cómo matar el tiempo. Cansábase de hojear insípidas ó picantes novelas, y dejaba el libro bostezando. Comenzaba una labor cualquiera, y no tenia gusto ni paciencia para continuarla; su debilidad no la permitia pasearse ni tocar el piano. No recibia mas visitas que las del médico; su tía se habia quedado en París, y hasta su esposo, pasada la cuarentena, vióse precisado á dejarla y volverse adonde le llamaban sus negocios y especulaciones bursátiles... Gabriela, triste, sola y presa del tedio, pasaba los dias y las noches recostada en un sillón, pensando en las fiestas de los años anteriores, en los triunfos alcanzados en Vichy, en Spa, en Biarritz, en Bath, en Dieppe, y en tantas otras reuniones brillantes de las cuales veíase alejada, y todo por habérsele antojado venir al mundo á una llorona, que ni para distraerla servia, y á quien solo de vez en cuando daba un beso, pensando en que, si fuera mayorcita, podria entretenerse con ella enseñándole el modo de hacer una graciosa reverencia, ó el de manejar el abanico, cetro que puede muy bien convenir á las reinas de la moda.

Así pasó el verano, fastidiada, ociosa, triste y fria, como si no tuviera cerca de sí el fuego sagrado que vivifica el corazon de la mujer, el rayo de amor que podia reanimar, el alma naciente á quien debia comunicar luz, calor y vida.

Con las frescas brisas del otoño aumentáronse las fuerzas de la convaleciente; ya pudo ésta dar sus paseitos, primero en coche, despues á caballo, y hasta se aventuró á tomar parte en una ó dos cacerías.

El médico aseguróla que para fines de Octubre podria volverse á París completamente restablecida. Mas ella no tuvo paciencia para tanto aguardar, y menos despues que supo la noticia de que la duquesa de M... preparaba en su palacio una fiesta que, al decir de los periódicos, dejaria largos recuerdos en la buena sociedad parisiense.



La Duquesa misma se lo escribió diciendo: «Vuestra presencia en el baile sería el complemento de la fiesta; sin vos, estará el sarao como la corte sin su querida soberana.»

Esto fué una tentación para Gabriela, y en vez de combatirla, dispuso la marcha, y que á toda prisa empaquetaran las ropas y efectos. La idea de volver á París la puso de tan buen humor, que llevó su condescendencia y bondad hasta el punto de permitir que la nodriza ocupara un asiento de primera en su mismo wagon; pero no tardó mucho en arrepentirse de haber sido tan madraza: su hija no cesó de gritar en todo el camino, de manera, que al llegar á su casa, tenía los nervios crispados y la cabeza hecha un bombo; así se lo dijo á su tía la de Saivé, que al momento fué á visitarla.

Gabriela en tres días no paró de hacer preparativos, trajo á mal traer á sus doncellas y modistas, á los joyeros, comerciantes é industriales de todos cuantos ramos abraza la complicada ciencia de vestir *comm'il faut*.

La noche señalada para el baile, Gabriela se miraba por delante, por detrás y por los costados, puesta de pié derecho entre cuatro grandes espejos, alumbrados por la luz de cincuenta bujías. Mirábase y remirábase de piés á cabeza, repasando uno por uno los detalles de su admirable toilette.

Su vestido, confeccionado en los talleres de Mad. \*\*\*, cuyas manos envidiarían las hadas, si la envidia cupiera en el seno de las inmortales, era una obra maestra de buen gusto, y sentábase á las mil maravillas. Las flores, casi podían equivocarse con las del Jardín de plantas, y hubiéraselas creído salpicadas con las recientes gotas del rocío; las joyas resplandecían como el sol; en suma, el traje nada dejaba que desear. En cuanto á la persona, si bien el conjunto no podía ser mas bello, algunos detalles no satisficieron del todo á la exigente reina de la hermosura. Complaciase al observar que sus hombros y espalda, aunque algo enflaquecidos, conservaban la pureza y suavidad de los contornos, y su espléndida blancura. Felicitábase al ver que sus negros ondulosos y abundantísimos cabellos, lucían graciosamente coronados por una diadema deslumbradora, cuyos brillantes parecían estrellas desprendidas del cielo. Pero bajo sus ojos estendiase una sombra ligeramente azulada; sombra que, bien mirado, la prestaba un no sé qué de interesante y dulce... Sus labios aparecían menos encendidos, menos frescos, y Gabriela, por vez primera, usó del carmin de las sultanas y de los polvos de coral.

Dado el último toque, la postrera pincelada, miróse otra vez, y á sus labios asomó una sonrisa de orgullo satisfecho. Estaba radiante, bella, deslumbradora. ¡Soberana todavía!!

Al entrar en el salón, corrió á su encuentro la Duquesa, pero al fijar en ella una mirada, sin poderlo remediar, hizo un gesto de sorpresa, si bien duró lo que dura un relámpago. «¡Qué dicha la nuestra!» exclamó la buena señora disimulando como pudo su primera impresión. Y «¡cuánta bondad, hermosa!» en haberos anticipado á venir sin estar completamente restablecida.

Esta parte del cumplido no agradó mucho á Gabriela, que le abrevió dirigiéndose á tomar asiento entre las damas,

que por cierto la saludaron prodigándola mil lisonjas; pero después se miraron las unas á las otras, como para decirse: ¡Pobre mujer! ¡Qué desmejorada está!

Apenas cundió por los salones la noticia de que la bella entre las bellas estaba en el baile, acudieron á saludarla sus antiguos y entusiastas admiradores; pero al través de sus exageradas frases, notó Gabriela una frialdad extraña.... Mirábanla con una especie de compasión ó lástima, semejante á la que inspira un antiguo lienzo pintado por un grande artista, ó un soberbio jarrón de porcelana que ha empezado á resquebrajarse.

Los bailarines acudieron en tropel á invitarla para la primera polka. Para la segunda tanda, uno se presentó á reclamar el honor de bailar con ella. Durante la tercera, tuvo que permanecer sentada, porque ninguno se acordó de sacarla á bailar, ó si se acordó, al verla fatigada, reflexionó que haría mejor en dejarla descansar.

¿Qué tendrá esta gente? decía Gabriela. Esta no es la galante sociedad que yo dejé á fines del año pasado. Pues qué, ¿tan pronto se pierde la memoria? En pocos meses me han olvidado hasta el punto de tratarme como si fuera otra... ¡Esto no se comprende!... O la sociedad ó yo hemos variado notablemente.

¿Quién sabe? Acaso estrañarán el verme sería; yo les hablaba siempre con la sonrisa en los labios, y de igual modo debo presentarme al reaparecer en el gran mundo; y Gabriela prodigó en efecto, las sonrisas, los chistes, las bromas, las monadas, pero no logró excitar el entusiasmo, que no es cosa fácil de confundir con los aplausos de ordenanza y la política de los salones.

La destronada reina sufría lo que no es decible, y acabó de exasperarla una franca y aturdida jóven, que muy ufana con sus diez y siete primaveras y su corona de capullos, abrió sus dos grandes ojos azules, y exclamó con voz de soprano: ¡Ay, amiga mía! ¡Cómo estropea el tener hijos! En poco tiempo habeis envejecido seis ó siete años! ¡Y ¡gracias que no se os ha caído el pelo! ¡Qué no es poca fortuna!

Trabajo le costó á Gabriela reprimir los impulsos que la dieron de contestar á la imprudente! Por último, se sintió mala, y antes de la una se retiró á su casa con el corazón oprimido.

Apenas entró en su cuarto, despojóse de las joyas y de las galas, despidió prontamente á las doncellas, pasóse dos ó tres veces la toalla por el rostro, y con el cabello suelto, medio desnuda, y tiritando de frío, acercóse al espejo y estuvo largo tiempo mirándose; de pronto, aumentó su palidez, exhaló un ¡ay! doloroso, y con ademán desesperado escondió el rostro entre las palmas de la mano.

¡Ay! exclamaba sollozando amargamente; ¡harta razón tenía aquella tontuela! ¡En poco tiempo he decaído mucho! ¡Adios, juventud! ¡Adios, primavera de la vida! ¡Adios, edad de los placeres y los triunfos! ¡Acabáronse los míos; ya he descubierto en mi rostro la primer arruga!!

(Se concluirá.)

CAMILA AVILÉS.



## TEATROS.

Todos los coliseos de la corte, exceptuando el siempre afortunado de la plaza de Oriente, se hallan hoy en visible decadencia. Ni las obras que en ellos se estrenan tienen significación é importancia, ni aunque las tuvieran se daría tal vez el público por satisfecho, visto el poco interés que manifiesta por las composiciones dramáticas y el excesivo que le arrastra hácia la ópera.—Pasemos revista á las producciones nuevamente representadas que, ó han muerto apenas nacidas, ó vejetan en una desconsoladora soledad.

Decíamos en la reseña anterior que en la ZARZUELA se había estrenado una pieza nueva titulada *Un joven audaz*. Pues bien, añadiremos ahora que dicho juguete (pues tal es su calificación oficial) tiene facilidad de diálogo, soltura en la versificación y algunos chistes que entretienen al auditorio; con lo cual queda indicado que se oyó con gusto.—El Sr. Blasco, su autor, fué aplaudido en recompensa.

En el mismo teatro se preparan diversas producciones para estrenarse próximamente, si no son inexactas nuestras noticias. Son las siguientes: *La casa nueva*, comedia traducida de otra de igual título, escrita por Sardou y muy aplaudida en Francia; *Doble corona*, drama original y en verso, del Sr. Retes; *El casado casa quiere*, comedia del Sr. Bustillo que da con ella su primer paso en el teatro.—Mal asistido del público se encuentra el coliseo de la ZARZUELA, pero al mismo público no le asiste la razón de decir que se le escasean las novedades.

El PRÍNCIPE, que está aún en mayor decadencia que el anterior, no ha dado recientemente mas que dos piezas en un acto, representadas por primera vez en la noche del martes pasado. Denominase la una *El amor constipado*, y la otra *El vecino de enfrente*, siendo ambas del citado Sr. Blasco que revela un período de actividad. De ellas trataremos en la próxima revista, si sus condiciones lo requieren.

De nuevas obras destinadas al PRÍNCIPE nada podemos decir porque nada sabemos. Semejante circunstancia, si es que en realidad no las tiene, es poco favorable para sacarle de su postración. Tal vez á consecuencia de ella desaparezca la actual empresa que será sustituida por otra á cuyo frente estará el Sr. Romea, según en un periódico de esta corte hemos leído.

El Cinco que á pesar de los malos vientos que reinan se sostiene como por encanto, ha ofrecido recientemente una comedia llamada *La sombra de Torquemada*. No hay que asustarse del título porque tan poco ligado está con la obra para que cause miedo con razón, que como no puesto puede considerarse. La fábula de esta comedia pertenece á las de enredo ó de intriga, pero está falta de inventiva y novedad. Su desenvolvimiento tiene de todo, no siendo la inverosimilitud lo de menos. Algunas situaciones cómicas y algunos chistes hacen reír al público, si bien en unas y otros debiera haber mas sobriedad. *La sombra de Torquemada* produjo en la noche de su estreno manifestaciones encontradas de aplauso y censura, muy de sentir en un teatro, y aún mas en un teatro de la corte.

Para estrenarse á la mayor brevedad se dispone un melodrama de espectáculo, denominado *Juan el correo*. Al decir de carteles y periódicos será exornado á todo coste con lujo y propiedad. Veremos si éstas son verídicas profecías.

Siguen los Bufo haciendo bufonadas, pero su estrella parece irse eclipsando. También en su reducido recinto se conoce á veces lo que es soledad. No lo extrañamos porque esto de vivir de broma y cháchara es más difícil de lo que parece.

Hace diez ó doce días se estrenó en el coliseo de que hablamos una especie de humorada en un acto titulada *La isla de las monas*. No envidiamos la paternidad de semejante producción. Á vuelta de algunas gracias, tiene muchos puntos que no la conocen, y aún en aquellas no siempre presiden el buen gusto y la conveniencia.—El Sr. Pastorfilo es el autor de esta zarzuela poco afortunada. El autor de la música es el Sr. Rogel, si mal no recordamos.

Posteriormente se ha estrenado una producción en dos actos, calificada nada menos que de melodrama-tétrico-terrorífico-melancólico-burlesco. Llámase *Francifredo, Dux de Venecia*, y consta de dos actos en verso.—Por el título y por la citada calificación se viene en conocimiento de que se trata de la verdadera parodia de un drama. Así es en efecto, debiendo añadirse la enumeración de muchos de los lugares comunes que indispensablemente se observan en las fábulas escénicas que se suponen acaecidas en la reina del Adriático. De tales precedentes se deducen las consecuencias naturales de la exageración de los matices cómicos, y del carácter de caricatura que indispensablemente debe concurrir en la obra. Su autor, D. Mariano Pina, ha desempeñado su cometido con bastante acierto disponiendo grotescas escenas y sembrando chistes que hacen reír, aunque por desgracia no son todos de buena ley y de recibo. Causa verdadero dolor el considerar que escritores de vivo ingenio no puedan renunciar á la salsa de ciertos chistes picantes, cuando sin este peligro podían comunicar á sus escritos toda la animación apetezible.

*Francifredo* ha dado motivo á una linda decoración pintada por el Sr. Plá, la cual figura en el acto segundo. Ha sido muy apreciada por los que reparan en el valor de las obras escenográficas, que no son muchos.—De la parte de *mise en scene* diremos, por lo que hace á los trajes, que unos recuerdan la redondilla del Sr. Breton en *Los sentidos corporales*:

«Esas damas que al estrado  
tan escuetas han venido  
no dirán que se han vestido  
sino que se han desnudado;»

al paso que otros denuncian su ancianidad, ó la aparentan sin tenerla.

Otro teatro más tenemos en Madrid, esto es, si con toda verdad puede llamarse Madrid el novísimo barrio denominado de Pozas. Dicho teatro se titula de QUEVEDO.—Peque-



ño y de forma cuadrilonga no ofrece gran comodidad ni belleza, pero suple en lo posible la existencia de otro mejor que no hay en el barrio expresado ni á larga distancia.—Háse inaugurado con el conocido drama *D. Francisco de Quevedo*, desempeñado por actores jóvenes ó desconocidos que trabajaron con celo y deseo del acierto.—La inauguración estuvo favorecida por escogida y numerosa concurrencia.—Entre las poesías que se leyeron hay una del señor Frontaura que copiaríamos de buen grado si el espacio nos

lo permitiera. Se titula dicha composición del modo siguiente :

« Carta que á Madrid escriben  
Unas cuantas buenas mozas  
Que tranquilamente viven  
En este barrio de Pozas. »

Deseamos buena suerte al teatro de QUEVEDO, para beneficio propio y recreo de aquellos expatriados vecinos.

DIEGO DE RIVERA.

## LABORES.

Dos muestras de *punto tunecino* presenta hoy nuestro grabado, punto que cada día obtiene mas aceptación, ejecutándose con él almohadones, portiers, alfombras, edredones, etc. Los dos dibujos que hoy presentamos están hechos en distinto color y bordados con los mismos encontrados colores. Ambos dibujos, que forman tira, los recomendamos principalmente para *portier*, colocando las dos tiras alternadas, y bordándolas con estambre y seda lisa á punto de lomillo ó tapicería comun. El núm. 4, que por su importancia debía ocupar el primer lugar, lo representa en fondo carmesí, con el bordado en lana y seda lisa color de botón de oro, y el núm. 3, de fondo negro con el bordado en lana y seda carmesí. Como este bordado se copia punto por punto como el de cañamazo, no creemos necesaria mas explicación, debiendo solo advertir que las cruces gruesas son las bordadas con lana, y las delgadas con seda. Los colores pueden variarse á gusto de quien le ejecute.

Los otros dos objetos, señalados con los núms. 1 y 2, son *hombreira* y adorno para el *bajo de la manga*, de pasama-

nería, hecho con cordón de seda y cuentas de azabache pequeñas y grandes. Sabido es el excesivo precio de estos adornos, que se sostienen siempre con éxito para enriquecer abrigos ó vestidos de telas fuertes y suntuosas: copiando los modelos que hoy ofrecemos, se obtendrán iguales con muy poco coste. No hay, pues, nada mas que seguir con cordón las lazadas y cruces del dibujo, cosiéndole en todos los sitios en que se cruza ó une, y llenar con pasadas de torzal los espacios calados, completándole con cuentas colgantes ó fijas, según el dibujo indica. Las borlas se ejecutan pasando muchos cabos de torzal, doblados por la mitad, por una cuenta gruesa, y la hebra que los sujeta por otra mas pequeña, cosiéndolas con el mismo cabo en el sitio que indica el dibujo. Claramente muestra esto que los colgantes se componen de tres cuentas chicas, una mayor y otra pequeña, que sirve de sujeción al volver á pasar la aguja por todas las anteriores.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

## MODAS.

### Explicación del Figurin, núm. 840 bis.

NUM. 1. *Prendido* para teatro, compuesto de una corona de cinta lila con caídas flotantes, y grupos de hojas de yedra por delante y en el sitio en que cierra la corona.

NUM. 2. *Cofia Lamballe*, de fondo bordado y guarnición doble por detrás, y sencilla por delante sobre el rostrillo de encaje con lazadas de terciopelo negro: bridas de cinta de seda blanca con filetes azules atadas por detrás.

NUM. 3. *Cofia Imperio*, de fondo y guarnición de encaje con bullones de cinta rosa alrededor del primero, y bridas iguales sujetas por detrás: barba de encaje que cruza en collar de uno á otro lado.

NÚM. 4. *Falda* de muselina para recién nacido con vueltas de pliegues sujetos por entredoses que figuran una falda abierta sobre otra cerrada con botones, y terminada por un volantito encañonado: otro figura pertenecer á la sobrefalda, y un cinturón bordado de la misma muselina la sujeta en el talle. *Gorra* de muselina con guarniciones encañonadas.

NUM. 5. *Cuerpo* de sociedad con berta figurada por rosetas de encaje sujetas con terciopelo, color de botón de oro; cinturón correspondiente, y collar de perlas.

NUM. 6. *Otro idem* con berta bullonada de tul, adornada de cinta estrecha de terciopelo grosella, cinturón correspondiente, manga corta bullonada de tul, y collar de tres hilos de perlas, con broche.

NUM. 7. *Cuerpo* de muselina, de manga corta, adornado de encajes, puntillas, terciopelos y entredoses, que marcan fichú y figura abierta.

NUM. 8. *Cuerpo* alto de muselina cerrado por delante, y figurando sobre él figura abierta, y con manga corta, terciopelos de color y encajes: cuello liso de la misma muselina.

NÚM. 9. *Cuerpo* de Holanda con agremanes y borlas de seda negra.

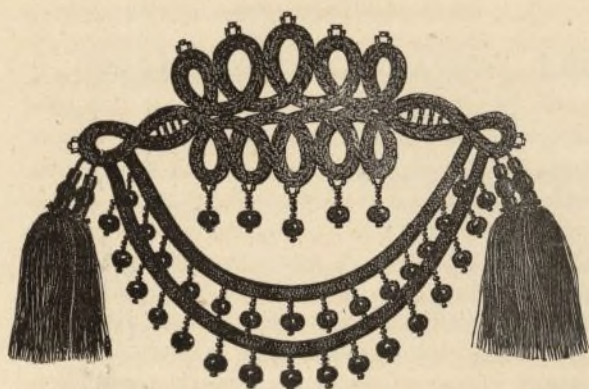
Por lo no firmado: el Director  
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

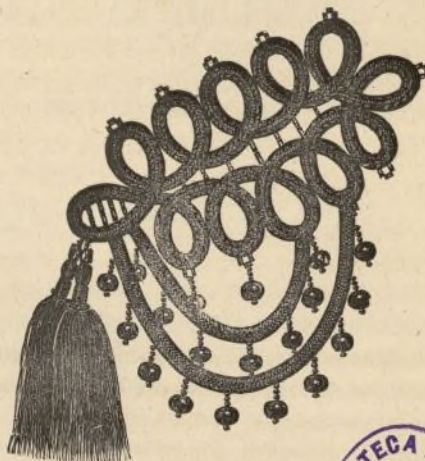
IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



1



2



3



4

